

El momento más crucial de la vida

Gilberto Urrutia

Si preguntáramos hoy en un programa estelar de televisión durante el mejor horario de la noche: ¿cuál momento de la vida considera usted como el más crucial de todos?

Seguramente recibiríamos infinidad de respuestas de todo tipo, siendo en su gran mayoría los acontecimientos más comunes y más escuchados en la opinión pública, como son por ejemplo: el acto de matrimonio, el encontrar el gran amor, el nacimiento, el ser padre o madre, el despertar de la fe religiosa, el asumir la primera gran responsabilidad o cargo de importancia, la curación de una enfermedad mortal, la consecución del trabajo soñado, la graduación profesional, la gran victoria personal, deportiva o militar, etc, etc.

Y también podríamos tener la certeza absoluta, de que en dicha encuesta a nadie se le ocurriría mencionar la muerte como el acontecimiento más crucial de la vida, aunque en realidad entre nosotros los cristianos, así de crucial debería ser considerada y aceptada, porque es el suceso más trascendental, más natural y hasta el más necesario que le acontece al ser humano en su vida terrenal, tal como ha sido considerada durante miles de años en la antigüedad.

Todo lo contrario sucede ahora en nuestra época de la modernidad y de la abundancia de bienestar, cuando la muerte ha adquirido injustamente la peor reputación de todos los tiempos.

En la sociedad actual nuestra conducta ante la muerte está mostrando ya rasgos neuróticos. Demasiada gente se ha estado apartando y desvinculando del tradicional enfoque cristiano de la vida, y como consecuencia directa de ese cambio de opinión, han terminado enganchados al terrible pensamiento de tener que morir. Se podría decir sin temor a exagerar, que hoy en día, el miedo a la muerte es el flagelo más angustiante en las multitudes que se han alejado de la fe cristiana, el cual como un poder invisible y misterioso se ha enseñoreado sobre ellas, sometiéndolas a vivir una vida plagada de desagradables angustias existenciales.

En vista de que no estamos acostumbrados a pensar en la muerte y ni mucho menos a tomarla en cuenta en nuestra propia vida, por eso nadie la nombra espontánea y voluntariamente a menos que sea inevitable, porque se ha presentado sin avisar en el círculo de personas que uno frecuenta.

Incluso en los hospitales los médicos y las enfermeras tienen vetado mencionarla por su nombre de pila, utilizando como alternativas los términos técnicos menos perturbadores, para así evitar que no afecte su reputación y la rentabilidad de la clínica. A los pacientes muertos rápidamente los tapan y esconden para que no llamen tanto la atención y así los pacientes vivos no se asusten y no se les ocurra pensar que también ellos se pueden morir.

En las funerarias modernas a los muertos los maquillan y los preparan de manera tan profesional, que dan la impresión de que están más bien dormidos y no muertos.

En Suiza por ejemplo, ya no se ven en las calles carrozas funerarias como era frecuente antes, y mucho menos se ven las procesiones de funerales a pie.

La sociedad moderna ha hecho indeseable a la muerte y por eso la trata de confinar a los cementerios y funerarias, como si se le hubiera aplicado un toque de queda, para que no salga y se aparezca en la calle ni en sitios públicos.

Esta actitud moderna ante la muerte inevitable y necesaria, no es sólo absurda sino también ridícula, ya que no es más que un intento de escapar de la realidad, con el propósito de vivir disfrutando de una vida imaginaria y no tener que sufrir viviendo una vida de verdad, que es precisamente, lo que hacen los drogadictos: tratar de escapar y engañarse a sí mismo.

Hasta en las iglesias se ha infiltrado desde hace mucho tiempo esa moderna actitud ante la muerte.

Como evidencia transcribo un comentario sobre esa problemática, escrito nada más y nada menos, que por el Papa Benedicto XVI (Joseph Ratzinger) quien fue emérito obispo de Cristo en la tierra hasta hace poco:

"La catequesis no puede seguir siendo una enumeración de opiniones, sino que debe volver a ser una certeza sobre la fe cristiana con sus propios contenidos, que sobrepasan con mucho a la opinión reinante. Por el contrario, en tantas catequesis modernas la idea de vida eterna apenas se trasluce, la cuestión de la muerte apenas se toca, y la mayoría de las veces sólo para ver cómo retardar su llegada o para hacer menos penosas sus condiciones.

Se ha perdido para muchos cristianos el sentido escatológico, la muerte ha quedado arrinconada por el silencio, por el miedo o por el intento de trivializarla. Durante siglos la Iglesia nos ha enseñado a rogar para que la muerte no nos sorprenda de improviso".

En las iglesias parroquiales el tema de la muerte casi nunca es elegido como tema del sermón en un domingo cualquiera. Por lo general, sólo se habla sobre la muerte en esas ocasiones especiales como son el día de los muertos y en los funerales. Lamentablemente el personal eclesiástico responsable de la enseñanza del Evangelio ha descuidado mucho la necesidad de insistir más sobre el significado cristiano de la muerte y sobre el valor y el efecto salvífico del sufrimiento durante la vejez y la agonía final. O dicho de otra manera, enseñar al creyente a morir con metas eternas.

En Europa y en el continente americano, a pesar de que el bagaje cultural, las tradiciones y el fundamento de los valores humanos y principios morales están basados en la fe cristiana, y de que el cristianismo como religión forma parte esencial de la vida de los pueblos, resulta ciertamente contradictorio, que ésta actitud tan asustadiza ante la muerte esté tan generalizada, porque en el fondo ese temor exagerado es anticristiano. Sí, muy anticristiano.

A continuación comentaré brevemente algunas razones:

- a) Para empezar, consideremos por un momento el símbolo por excelencia del cristianismo desde su propio inicio hace más de 2000 años: la cruz. Cuando uno mira una cruz o un crucifijo en alguna parte, estamos viendo a simple vista la representación gráfica de cómo murió nuestro Señor Jesucristo, pero con los ojos de la fe vemos también, el grandioso mensaje de lo que significó su sacrificio por nosotros y su Resurrección, al abrir el Hijo de Dios con su obra redentora, las puertas del Reino de los Cielos para todos nosotros y concedernos la Vida eterna y abundante.
- b) Las cruces cristianas que están por doquier, comenzado por nuestro propio hogar, nos recuerdan a diario no solamente la muerte de Cristo resucitado, sino nuestra propia muerte en particular y el esperado ascenso de nuestra alma a las moradas en el Reino de Dios, las cuales Jesús mismo nos prometió que estarán preparadas para nosotros.
- c) Considerando que el mismo Señor Jesucristo siendo el amado Hijo de Dios y el único ser perfecto y sin pecado, tuvo que pasar por toda clase de penas, dificultades, vejaciones, rechazos, humillaciones y persecuciones durante su paso por la tierra, y que al final, también tuvo que sufrir cruelmente antes y durante su agonía en la cruz, es lógico que siendo nosotros unos pobres seres mortales, egoístas y pecadores; no podemos por lo tanto esperar vivir una vida terrenal menos dura que la de Jesús, ni mucho menos esperar no tener que pasar por la experiencia de la agonía y de la muerte.

d) Sólo Jesucristo promete respuestas inmejorables para las siguientes interrogantes más trascendentales de la vida de todo ser humano:

- El destino final de nuestra existencia después de morir
- el deseo de conocer la verdad
- el anhelo de vida eterna

Puesto que éstas tres ardientes aspiraciones de la humanidad se han de cumplir después de la muerte, es por lo tanto esencial para un creyente cristiano, el vincular constantemente su vida terrenal con las realidades eternas del Reino de Dios prometidas por nuestro Señor Jesucristo. Esa es la maravillosa esperanza viva del cristiano que por la Gracia de Dios y por Obra del Espíritu Santo, lo transforma en un creyente esperanzado porque tiene su fe y su mirada puesta en la eternidad.

El momento de la muerte es el más crucial en la vida de un ser humano, porque después de atravesarla, es que se inicia la tan anhelada vida eterna.

Por eso es que un cristiano conciente de su fe y de su esperanza, no debería de ver en la muerte a un enemigo desconocido, anormal y monstruoso como se lo imaginan equivocadamente innumerables personas modernas e incrédulas en estos tiempos.

Según el Evangelio el morir sólo significa la muerte biológica del cuerpo, pero de ninguna manera la extinción del alma y del espíritu.

Además, es normal que un ser humano en el período de la mediana edad, pueda llegar a percibir en su corazón que el mundo y la sociedad lo han tratado mal, o bien en la vejez llegar a sentirse tan miserable por estar abrumado por su deterioro corporal, sufrimientos y dolores. Éstas circunstancias de la vida logran cambiar totalmente la actitud de la persona ante la muerte, viendo su llegada más bien como una bendición.

Un caso emblemático muy conocido del cambio de actitud hacia la muerte es el de San Francisco de Asís (1182-1226) cuando en sus últimos días de vida refiriéndose a su muerte, hablaba de su encuentro con la hermana muerte. Sobre el Santo se cuenta lo siguiente:

«Un día el médico Buongiovanni, amigo suyo, forzado por el Santo a decir la verdad, le confesó sin rodeos que su mal era incurable y que moriría a finales de septiembre o, todo lo más, a primeros de octubre. Oído lo cual, exclamó: ¡Bienvenida mi hermana muerte! »

El miedo a la muerte puede ser superado, y si es así, entonces no deberíamos dejar piedra sin mover para liberarnos de este oscuro poder que nos agobia. Sólo entonces podremos colmar de dicha nuestro corazón, estar prácticamente inmunes al temor en todas las situaciones de peligros y disfrutar la verdadera alegría de una vida sin angustia.

San Pablo quiso ser un ejemplo para nosotros, cuando les dijo a los filipenses : **“pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger...Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor”**. Filipenses 1, 21-23

El provechoso llamamiento con el que concluyo ésta reflexión, fue hecho indudablemente en una época muy antigua de la historia, pero hoy, sigue siendo de palpitante actualidad: *Oye mortal, piensa en tu muerte!*